

PARTE I

¿Dónde queda la parte buena?

Estamos en el aparcamiento del Dodger Stadium y, como siempre, Ryan ha olvidado dónde dejamos el coche. No dejo de repetirle que está en el Aparcamiento C, pero no me hace caso.

—No —me dice por enésima vez—. Recuerdo perfectamente que cuando llegamos giramos a la derecha, no a la izquierda.

Está increíblemente oscuro, y ante nosotros la única luz que hay es la de las farolas que imitan bolas de béisbol gigantes. Miré la señal cuando aparcamos.

—Pues recuerdas mal —digo con tono cortante y mosqueado.

Ya llevamos demasiado rato aquí, y odio el caos del Dodger Stadium. Es una cálida noche de verano, y menos mal, pero son las diez de la noche, los otros aficionados están saliendo en manada de las gradas, y estamos los dos intentando abrirnos paso entre un mar de camisetas blancas y azules. Ya llevamos así unos veinte minutos.

—No recuerdo mal —dice él, que camina por delante, sin molestarse siquiera en mirarme mientras habla—. Eres tú la que tiene mala memoria.

—Ya —digo burlándome—. Así que como esta mañana he perdido las llaves, ahora resulta que de pronto soy una idiota.

Él se da la vuelta y me mira; y yo aprovecho para tratar de alcanzarle. El aparcamiento está en pendiente y soy un poco lenta.

—Sí, Lauren, es exactamente lo que he dicho. Eres una idiota.

—Pues en realidad sí que lo has dicho. Dices que tú sabes de lo que hablas, como si yo no me enterara de nada.

—Tú ayúdame a encontrar el puto aparcamiento para que podamos irnos a casa.

No contesto, me limito a seguirlo mientras él se aleja más y más del Aparcamiento C. Y ¿para qué querrá ir a casa? Para mí es un misterio. Las cosas no estarán mejor allí. Hace meses que no lo están.

Ryan camina en un amplio círculo, subiendo y bajando las pendientes del aparcamiento del Dodger Stadium. Yo le sigo de cerca, espero

junto a él en los pasos de peatones, cruzo caminando a su paso. No hablamos. Y pienso en las ganas que tengo de gritarle. Pienso en las ganas que tenía de gritarle ayer por la noche. En las ganas que seguramente tendré de gritarle mañana. Y supongo que él estará pensando más o menos lo mismo. Y sin embargo entre nosotros la atmósfera está totalmente quieta, nuestros pensamientos no parecen haberla alterado. Últimamente, cada vez con más frecuencia, nuestras noches y nuestros fines de semana están llenos de tensión, y esa tensión solo se alivia cuando decimos buenas noches o adiós.

Cuando la avalancha inicial de gente que sale del aparcamiento se dispersa, es más fácil ver dónde estamos y dónde hemos aparcado.

—Ahí está —dice Ryan, sin molestarse en señalar para que resulte más edificante. Vuelvo la cabeza para seguir su mirada. Ahí está. Nuestro pequeño Honda negro.

En el Aparcamiento C.

Le dedico una sonrisa. No es una sonrisa agradable.

Él me devuelve la sonrisa. Tampoco es muy agradable.

HACE ONCE AÑOS Y MEDIO

Yo estaba en mi segundo año de carrera. El primer año había estado bastante aislada. La UCLA no resultó tan acogedora como yo esperaba cuando hice la solicitud de ingreso. Me costaba conocer gente. Los fines de semana normalmente me iba a casa para ver a mi familia. Bueno, en realidad iba para ver a mi hermana pequeña, Rachel. Mi madre y mi hermano pequeño, Charlie, eran secundarios. Yo se lo contaba todo a Rachel. Ella era la persona a la que añoraba cuando comía sola en el comedor, y eso pasaba con mucha más frecuencia de la que habría querido admitir.

En el instituto me había graduado de las primeras de la clase, y tuve que firmar tantos anuarios que acabé con la mano dolorida. Pero resultó que a los diecinueve era más tímida que a los diecisiete. Durante mi primer año de universidad, mi madre no dejó de preguntarme si no quería pedir el traslado. Siempre decía que no había nada malo en buscar otro sitio. Pero yo no quería irme. Me gustaban las clases.

—Aún no me he acabado de integrar, nada más —le decía yo cada vez que me preguntaba—. Pero lo haré. Lo haré.

Lo de integrarme no empezó a pasar hasta que acepté un trabajo en la sala de correos. La mayoría de noches estábamos yo y una o dos personas más, y la dinámica del trabajo me gustaba. Se me daba bien relacionarme con pequeños grupos. Podía destacar cuando no tenía que gritar para hacerme oír. Y a los pocos meses de haber empezado en correos, ya conocía a bastante gente. Algunos me gustaban de verdad. Y a algunas de esas personas que a mí me gustaban yo también les gustaba. Ese año, cuando nos separamos todos para las vacaciones de Navidad, yo estaba deseando volver en enero. Añoraba a mis amigos.

Yo ya había completado las asignaturas generales, y cuando se reanudaron las clases, empecé con las de mi especialidad, las de psicología. Algunas de mis nuevas asignaturas se impartían en algunos edificios donde no había estado antes. Y empecé a toparme con el mismo tipo

por todas partes. En el centro de fitness, la librería, los ascensores del Franz Hall.

Era alto y de hombros anchos. Tenía brazos fuertes, bíceps prominentes que casi no le cabían en las mangas de las camisetas. Tenía el pelo castaño claro y con frecuencia llevaba una barba incipiente. Siempre estaba sonriendo, siempre hablaba con alguien. Incluso cuando le veía caminando solo, tenía el aire seguro de quien tiene una misión en la vida.

Un día, yo estaba en la cola para entrar en el comedor cuando él finalmente me abordó. Yo llevaba la misma camiseta gris que me había puesto el día antes y, cuando lo vi algo más adelante en la cola, se me ocurrió que a lo mejor se fijaba.

Iba con sus amigos y, después de enseñar su identificación para entrar, él se quedó atrás charlando con el tipo que se encargaba de la máquina que validaba las tarjetas. Cuando llegué al principio de la cola, dejó de hablar y me miró.

—¿Me estás siguiendo o algo así? —dijo mirándome a los ojos y sonriendo.

Yo me sentí abochornada, y seguramente se dio cuenta.

—Perdona, ha sido un chiste malo. Es que últimamente te veo por todas partes. —Me devolvieron mi identificación—. ¿Te importa si voy contigo?

—No, para nada.

Yo había quedado con mis amigos de correos, pero vi que aún no habían llegado. Y él era muy mono. Sí, eso es lo que más me atraía de él. Que era mono.

—¿Adónde vamos? —me preguntó—. ¿Qué cola?

—A la parrilla —dije yo—. Si te apetece, claro.

—Es perfecto. Me muero por comerme un sándwich de hamburguesa y cebolla.

—Pues entonces decidido, la parrilla.

No dijimos gran cosa mientras esperábamos en la cola, pero él trató de hacer que la conversación no decayera.

—Ryan Lawrence Cooper —dijo, tendiéndome la mano.

Yo me reí, y le estreché la mano. Él apretó con fuerza. Y me dio la impresión de que si por el motivo que fuera decidía que no quería soltarme la mano, yo no podría hacer nada. Lo digo para que os hagáis una idea de lo fuerte que me pareció su mano.

—Lauren Maureen Spencer —dije.

Me soltó.

Yo me lo había imaginado como alguien sociable y seguro, digno y encantador, y hasta cierto punto lo era. Pero mientras hablábamos, me pareció algo atropellado, como si no estuviera muy seguro de lo que tenía que decir. El tío mono que parecía mucho más seguro de lo que yo sería jamás resultó ser... totalmente humano. Era una persona atractiva, probablemente divertida y lo bastante satisfecha de sí misma para que pareciera que entendía el mundo mucho mejor que el resto de los mortales. Pero en realidad no era así. Él era como yo. Y de pronto eso hizo que me gustara mucho más de lo que esperaba. Y eso me puso nerviosa. El estómago empezó a hormiguearme. Las manos me sudaban.

—Bueno, no pasa nada, puedes confesarlo —dije yo tratando de hacer una gracia—. En realidad eres *tú* quien ha estado acechándome.

—Lo confieso —contestó, pero al momento cambió de opinión—. ¡No! Por supuesto que no. Pero tú también te habías fijado ¿a que sí? De pronto no dejaba de verte por todas partes.

—Yo no dejaba de verte a ti por todas partes —dije avanzando cuando la cola se movió—. Yo solo estoy en los sitios donde tengo que estar.

—Querrás decir donde *yo* tengo que estar.

—A lo mejor es que estamos ligados cósmicamente —bromeé—. O que tenemos horarios parecidos. La primera vez que te vi creo que estabas en el patio. Y yo siempre ando por allí para matar el tiempo entre Introducción a la Psicología y Estadística. Así que supongo que eso significa que tú también tienes alguna clase hacia esa hora en la zona sur del campus, ¿me equivoco?

—Sin quererlo me acabas de revelar dos detalles importantes, Lauren —me dijo Ryan sonriendo.

—¿Ah, sí?

—Sí. —Y asintió—. El menos importante es que ahora sé que has elegido la especialidad de psicología y conozco dos de tus asignaturas. Si fuera un acosador, esa información valdría su peso en oro.

—Vale —concedí yo—. Aunque si fueras un acosador decente ya lo habrías descubierto antes por ti mismo.

—Sea como sea, un acosador es un acosador.

Por fin habíamos llegado al principio de la cola, pero Ryan estaba más pendiente de mí que de pedir.

—¿Me puede poner un tostado de queso, por favor? —pregunté al cocinero.

—¿Y tú? —preguntó el hombre a Ryan.

—Hamburguesa con cebolla y extra de queso —dijo él, y al inclinarse hacia delante rozó accidentalmente mi antebrazo con la manga. Mi cuerpo experimentó una ligera sacudida.

—¿Y la segunda cosa? —pregunté.

—¿Eh? —dijo Ryan volviéndose hacia mí, con cara de haberse olvidado de lo que estaba diciendo.

—Dices que te he revelado dos detalles.

—¡Oh! —Ryan sonrió y acercó su bandeja a la mía sobre el mostrador—. Has dicho que me habías visto en el patio.

—Sí.

—Pero yo no recuerdo haberte visto a ti.

—Vale —dije, sin acabar de entender adónde quería ir a parar.

—Por lo tanto, técnicamente, tú te fijaste en mí primero.

Le sonreí.

—*Touché* —dije.

El cocinero me entregó mi sándwich de queso a la plancha. Le entregó a Ryan su hamburguesa. Cogimos nuestras bandejas y fuimos hacia la máquina de refrescos.

—Bueno —siguió diciendo Ryan—, dado que ya hemos aclarado que aquí la acosadora eres tú, creo que tendré que esperar a que tú me pidas que salgamos.

—¿Cómo? —pregunté, anonadada y mortificada.

—Mira —dijo—, puedo ser muy paciente. Sé que tendrás que reunir el valor y buscar la manera de pedírmelo de manera que parezca espontáneo.

—Claro.

Cogí un vaso y lo puse debajo de la máquina de hielo. La máquina rugió y me escupió tres ridículos cubitos. Ryan estaba a mi lado y le dio un buen golpetazo a la máquina. Y me cayó una avalancha de cubitos en el vaso. Le di las gracias.

—No hay problema. A ver qué te parece —sugirió—. ¿Qué tal si espero hasta mañana a las seis? Nos encontramos en el vestíbulo del

Hendrick Hall. Te llevo a comer una hamburguesa y puede que un helado. Hablamos. Y si quieres me puedes pedir que salgamos.

Yo le sonreí.

—Es lo justo —dijo—. Tú te fijaste en mí primero.

Era encantador. Y él lo sabía.

—Vale. Pero tengo una pregunta. Antes, cuando estabas en la cola —dije señalando al que controlaba las tarjetas—. ¿Qué le estabas diciendo?

Y lo preguntaba porque estaba bastante segura de cuál sería la respuesta, pero quería oírsele decir.

—¿Al que controla las tarjetas? —me preguntó él sonriendo, porque sabía que le había pillado.

—Sí, es que tengo curiosidad por saber de qué estabais hablando.

Ryan me miró fijamente a los ojos.

—Le dije: «Tú haz como si estuviéramos charlando. Necesito ganar tiempo hasta que la chica de la camiseta gris llegue hasta aquí».

La misma sacudida que me había parecido apenas nada hacía un instante ahora me recorrió todo el cuerpo. Me encendió. Podía sentirlo en las yemas de los dedos y las puntas de los dedos de los pies.

—Mañana en el Hendrick Hall, a las seis —dije, confirmando que estaría allí.

Aunque a aquellas alturas, creo que los dos sabíamos perfectamente que me moría de ganas de ir. Que hubiera querido que ese «mañana allí» hubiera sido un «aquí y ahora».

—No llegues tarde —dijo sonriendo, y se fue.

Yo puse mi bebida sobre la bandeja y avancé despreocupadamente por el comedor. Me senté sola a una mesa; todavía no estaba preparada para reunirme con mis amigos. La sonrisa de mi rostro era demasiado amplia, demasiado fuerte, demasiado intensa.

A las 17.55 estaba en el vestíbulo del Hendrick Hall.

Esperé por allí durante un par de minutos, tratando de fingir que no estaba esperando a alguien con impaciencia.

Aquello era una cita, una cita en toda regla. No es como cuando un chico te pide que vayas con él y sus amigos a una fiesta que alguien les ha comentado un viernes por la noche. No era como cuando el chico

que te gustaba en secundaria, el chico al que conocías desde octavo curso, por fin te besaba.

Aquello era una cita.

¿Qué iba a decirle? Apenas le conocía. ¿Y si me olía mal el aliento o decía alguna idiotez? ¿Y si se me corría el rímel y me pasaba la noche sin darme cuenta de que tenía pinta de mapache?

Traté de ver mi reflejo en una ventana, dejándome llevar por el pánico, pero justo en ese momento Ryan apareció en la entrada principal del vestíbulo.

—Uau —dijo cuando me vio. En ese momento ya no me preocupaba que pudiera tener un aspecto imperfecto. No me preocupaban mis manos nudosas o mis labios finos. No, lo que tenía en mente era el brillo de mi pelo castaño oscuro, y el matiz grisáceo de mis ojos azules. Pensé en mis largas piernas cuando vi cómo los ojos de Ryan se desviaban hacia ellas. Y me alegré de haberme decidido a enseñarlas poniéndome un vestido corto de punto negro y una sudadera con cremallera—. Tienes un aspecto increíble —siguió diciendo—. Debo de gustarte mucho.

Y me reí mientras él me sonreía. Él llevaba unos vaqueros y una camiseta, con un forro polar de la UCLA encima.

—Y tú debes de estar haciendo un gran esfuerzo para que no se te note lo mucho que te gusto yo.

Y entonces me sonrió, pero de un modo diferente. Ya no me sonreía como si estuviera tratando de ser encantador. Estaba encantado conmigo.

Y eso me hizo sentirme bien. Más que bien.

Mientras nos comíamos nuestras hamburguesas, preguntamos de dónde era cada uno y qué queríamos hacer con nuestra vida. Hablamos de las clases. Y descubrimos que los dos habíamos tenido al mismo profesor en Oratoria el año antes.

—¡El profesor Hunt! —exclamó Ryan, con tono casi nostálgico.

—¿No me digas que te gustaba el profesor Hunt? —pregunté yo.

A nadie le gustaba el profesor Hunt. Aquel hombre era tan interesante como una caja de cartón.

—¿Y qué hay en él que no me tenga que gustar? Es agradable. ¡Es atento! Es una de las pocas asignaturas de ese semestre que me saqué con una A.

Irónicamente, la asignatura de Oratoria era la única en la que yo había sacado una B en aquel semestre. Pero hubiera quedado un poco mal si lo hubiera dicho.

—Pues esa fue la asignatura que yo me saqué con una nota más baja. Hablar en público no es mi fuerte. Se me da mejor la investigación, artículos, tests. El tema oral no se me da nada bien.

Y cuando lo dije me lo quedé mirando, y me di cuenta de que me estaba poniendo roja. Había sido un comentario un tanto desafortunado para una primera cita con alguien a quien apenas conocía. Por un momento, pensé que Ryan iba a hacer un chiste malo. Pero no lo hizo. Se comportó como si no se hubiera dado cuenta.

—Pareces la clase de chica que se lo saca todo con A —dijo, y me sentí muy aliviada.

De alguna manera, se las había arreglado para coger aquel desliz mío tan bochornoso y le había dado la vuelta para no avergonzarme.

Volví a sonrojarme. Pero esta vez fue por un motivo diferente.

—Bueno, lo llevo bastante bien —confesé—. Pero me has impresionado. No es fácil sacar una A en Oratoria.

Ryan se encogió de hombros.

—Creo que soy de esa clase de personas que se desenvuelven bien hablando en público. Las grandes masas no me intimidan. Podría hablar ante una sala llena de gente y no me sentiría para nada fuera de sitio. A mí lo que me pone nervioso es el trato de persona a persona.

Sin darme cuenta, ladeé la cabeza, una señal inequívoca de la curiosidad que sentía.

—No pareces de los que se ponen nerviosos cuando hablan. Haya la gente que haya.

Él me sonrió, mientras se acababa la hamburguesa.

—No te dejes engañar por este aire despreocupado —dijo—. Sé que soy increíblemente guapo y que seguramente soy el tío más encantador que has conocido en tu vida, pero no es por nada si he tardado tanto en encontrar la manera de abordarte.

A aquel tipo que parecía tan guay le gustaba yo. Yo le ponía nervioso.

No sé si hay algún sentimiento que pueda equipararse a lo que es cuando descubres que pones nerviosa a la persona que te pone nerviosa.

Te hace envalentonarte. Te hace sentirte segura. Te hace sentir que podrías conseguir cualquier cosa.

Y en ese momento me incliné por encima de la mesa y le besé. Le besé en mitad de la hamburguesería, y al hacerlo metí sin querer la manga de la chaqueta en el cuenco del ketchup. No fue un beso sincronizado, ni mucho menos. Y no le acerté en la boca a la primera. Me fui un poco hacia el lado. Y está claro que le pillé por sorpresa, porque por un momento se quedó petrificado. Y entonces se dejó llevar. Sabía a sal.

Cuando me aparté, fui realmente consciente de lo que acababa de hacer. Yo nunca había besado a nadie. Siempre me besaban a mí. Y yo siempre respondía al beso.

Ryan me miró con expresión confundida.

—Se suponía que era yo quien tenía que hacer eso.

Me sentí espantosamente mortificada. Era el tipo de patinazo sobre el que había leído en la sección de «momentos embarazosos» de la revista *YM* cuando era adolescente.

—Lo sé, lo siento, estoy tan... No sé por qué...

—¿Que lo sientes? —preguntó él sorprendido—. Pues no lo sientas. Seguramente este ha sido el mejor momento de mi vida.

Y yo le miré, y no pude evitar sonreír.

—Todas las chicas tendrían que besar así. Todas las chicas tendrían que ser como tú.

Ryan me acompañó a casa, y por el camino no dejó de empujarme contra los portales y los rincones para besarme. Cuanto más nos acercábamos a la residencia, más largos eran los besos. Hasta que nos detuvimos ante la puerta del edificio y nos besamos durante lo que pareció una eternidad. Hacía frío en la calle; el sol se había puesto hacía horas. Las piernas se me estaban helando. Pero yo lo único que sentía eran sus manos sobre mi cuerpo, sus labios sobre los míos. No podía pensar en nada que no fuera lo que estábamos haciendo, la sensación que sus manos producían en mi garganta, su olor a ropa limpia y almizcle.

Cuando llegamos al punto en que había que avanzar o decir adiós, me separé de él, sin dejar de sujetarle la mano. Por su mirada yo sabía que estaba deseando que le pidiera que subiera conmigo a mi habitación. Pero no lo hice.

—¿Podemos vernos mañana? —le pregunté.

—Claro.

—Pásate a buscarme y nos vamos juntos a desayunar, ¿te parece?.

—Claro.

—Buenas noches —dije, y le di un beso en la mejilla.

Solté la mano y me volví para irme. Estuve a punto de pararme y pedirle que subiera conmigo. No quería que aquella cita se acabara. No quería dejar de tocarle, de oír su voz, me moría por averiguar qué nuevas cosas tenía que decirme. Pero no me volví. Seguí caminando.

Y entonces supe que estaba perdida. Estaba locamente enamorada. Supe que me entregaría a él, que desnudaría mi alma ante él, que permitiría que me partiera el corazón si llegaba el caso.

Así que decidí que no había prisa, y subí yo sola al ascensor.

Cuando llegué a mi habitación, llamé a Rachel. Tenía que contárselo todo, decirle lo increíble que era Ryan, lo dulce que era. Tenía que contarle las cosas que me había dicho, la forma en que me había mirado. Necesitaba volver a revivirlo todo con alguien que pudiera entender lo maravilloso que era todo aquello.

Y Rachel lo entendió, lo entendió perfectamente.

—Entonces, ¿cuándo piensas acostarte con él? Esa es la cuestión —me dijo—. Porque parece que la cosa se puso muy caliente cuando estabais en la calle. Quizá tendrías que poner una fecha. Por ejemplo, no me voy a acostar con él hasta que llevemos saliendo tantas semanas o días o meses. —Y se echó a reír—. O años si te lo planteas así.

Le dije que prefería dejar que las cosas evolucionaran de un modo más natural.

—Es una idea espantosa. Necesitas un plan. ¿Y si te acuestas con él demasiado pronto, o demasiado tarde?

Pero en realidad yo no creía que pudiera haber un demasiado pronto o demasiado tarde. Confiaba tanto en Ryan, y en mí misma, que aquello parecía a prueba de errores. Como si a pesar del poco tiempo que hacía que nos conocíamos, supiera que estaríamos tan bien juntos que no podríamos fastidiarla ni queriendo.

Y eso me producía a la vez una intensa emoción y una profunda sensación de paz.

Cuando pasó, Ryan y yo estábamos en su habitación. Su compañero de cuarto estaba fuera aquel fin de semana. Aún no nos habíamos dicho que nos queríamos, pero era evidente.

Me maravillaba lo bien que entendía mi cuerpo. No hacía falta que dijera lo que quería. Él lo sabía. Sabía cómo besarme, sabía dónde poner las manos, dónde tocar, cómo tocar.

Hasta ese momento, yo nunca había acabado de entender lo que significa hacer el amor. Me parecía algo vulgar y dramático. Pero con Ryan lo entendí. No se trata solo de moverse. Se trata de la forma en que tu corazón se desborda cuando él se acerca. De la forma en que sientes su aliento como un fuego. De la forma en que tu cerebro desconecta y tu corazón toma el control.

Y no me importaba nada que no fuera sentirle, sentir su olor, su sabor. Quería más.

Después, nos quedamos tendidos el uno junto al otro, desnudos, vulnerables, aunque no nos sentíamos así. Él me cogió de la mano.

—Tengo que decirte una cosa —me dijo—, pero no quiero que pienses que lo digo por lo que acabamos de hacer.

Yo ya sabía lo que era. Los dos lo sabíamos.

—Entonces no lo digas ahora —le contesté.

Mi respuesta pareció decepcionarle, por lo que traté de explicarme.

—Cuando tú me lo digas, yo también te lo diré.

Ryan me sonrió y se quedó callado un rato. De hecho pensé que se había dormido. Pero entonces dijo:

—Esto está bien ¿verdad?

Me volví hacia él.

—Sí, lo está.

—No. Lo que quiero decir es que es perfecto, lo que tenemos es perfecto. Algún día podríamos casarnos.

Y yo pensé en mis abuelos, que son la única pareja casada que conocía. Pensé en la forma en que mi abuela le cortaba la comida a mi abuelo cuando él estaba demasiado débil para hacerlo por sí mismo.

—Algún día —dije yo—. Sí.

Teníamos diecinueve años.

HACE ONCE AÑOS

*R*yan volvió a su casa en Kansas para las vacaciones de verano. Hablábamos todos los días. Nos pasábamos el día mandándonos correos electrónicos y esperando con impaciencia a que el otro contestara. Yo me sentaba en la cama y esperaba a que él volviera a casa de sus prácticas y me llamara. Le visité a principios del verano, y pude conocer a sus padres y a su hermana. Todos congeniamos bastante. Parece que les gusté. Me quedé con ellos una semana. Ryan y yo estábamos siempre pendientes de cada palabra que decía el otro, y él se colaba en la habitación de invitados cada noche. Cuando me llevó al aeropuerto y me acompañó hasta la barrera de seguridad, me sentí como si me estuvieran arrancando el corazón del pecho. ¿Cómo iba a separarme de él? ¿Cómo iba a subirme al avión y alejarme tantísimos kilómetros de la otra mitad de mi alma?

Traté de explicarle todo esto a Rachel, que también había vuelto a casa para pasar las vacaciones después de su primer año en la USC. Me quejaba de lo mucho que le echaba de menos. Y lo mencionaba en la conversación con mucha más frecuencia de la necesaria. Mi cabeza estaba totalmente volcada en él. Y la mayoría de las veces, Rachel contestaba a estas manifestaciones exageradas de mi amor diciendo:

—Oh, es estupendo. Me alegro mucho por ti —y entonces hacía como que vomitaba.

Mi hermano Charlie acababa de cumplir catorce años y estaba a punto de empezar la secundaria, así que por lo general no quería saber nada de nosotras. Ni siquiera hizo el esfuerzo de fingir que escuchaba nada de lo que dije aquel verano. En cuanto me ponía a hablar, él se ponía sus cascos o encendía la tele.

Unas semanas después de haber vuelto de visitar a Ryan, él insistió en visitarme a mí. No importaba que los billetes fueran caros o que él no tuviera ingresos. Dijo que valía la pena. Quería verme.

Cuando llegó al aeropuerto internacional de Los Ángeles, el LAX, le vi bajar por las escaleras mecánicas con los otros pasajeros. Le vi bus-

cando entre la multitud con la mirada, hasta que me vio. Vi su expresión. Y en ese momento me di cuenta de lo mucho que me quería, de lo aliviado que se sentía por haberme encontrado. Y si pude reconocer en él todas aquellas emociones es porque yo sentía lo mismo.

Corrió hacia mí y entonces soltó su bolsa de viaje y me cogió en brazos en un único movimiento. Y giró conmigo en los brazos, abrazándome con más fuerza de la que jamás me habían abrazado. Igual de intensa que la desolación que había sentido al separarme de él hacía apenas unas semanas, era la felicidad que sentí cuando volvimos a reencontrarnos.

Ryan me dejó en el suelo y sujetó mi rostro entre las manos y me besó. Cuando por fin abrí los ojos, vi que una mujer me estaba mirando. Era mayor que yo, y estaba con sus hijos. Nuestras miradas se cruzaron por un momento, y la mujer me sonrió y apartó la vista con timidez. Por la expresión de su rostro supe que en algún momento ella había sentido lo mismo que yo.

Y entonces apareció mi familia. Por lo visto, por fin habían conseguido encontrar aparcamiento. Habían insistido en venir todos, y creo que en parte fue porque estaba claro que yo no quería que vinieran.

Ryan se limpió la mano sudada en el culo de los vaqueros para estrechar la mano de mi madre.

—Señora Spencer —dijo—, me alegro de volver a verla.

Antes de aquello, se habían visto una vez, solo un momento, cuando mi madre vino para ayudarme a mudarme el día que me fui de la residencia de estudiantes.

—Ryan, ya te dije que me llames Leslie —dijo mi madre riéndose de él.

Ryan asintió y señaló con el gesto a Rachel y a Charlie.

—Rachel, Charlie, encantado de conocerlos. He oído muchas cosas buenas de vosotros.

—En realidad —le contestó Charlie—, preferimos que nos llamen señor y señorita Spencer.

Ryan decidió seguirle la veta.

—Discúlpeme, señor Spencer, ha sido un error imperdonable. Señorita Spencer —añadió, quitándose un sombrero imaginario y haciendo una reverencia ante Rachel.

Y entonces extendió la mano y le dio un apretón bien fuerte a Charlie.

Y, quizá porque alguien le estaba tomando en serio, Charlie decidió animarse.

—Bueno, está bien. Puedes llamarme Charlie.

—Puedes llamarle Charlie —repitió Rachel.

Fuimos todos juntos a la sección de recogida de equipajes. Y por más que Charlie se esforzaba por ser un niño malo, no pude evitar fijarme en que estuvo tratando de llamar la atención de Ryan durante todo el camino a casa.

HACE NUEVE AÑOS Y MEDIO

Las vacaciones de primavera de nuestro último curso, Ryan y yo decidimos quedarnos en Los Ángeles. Pero en el último momento, mi madre encontró una oferta en los vuelos a Cabo San Lucas y decidió liarse la manta a la cabeza. Y así fue como los cinco (mamá, Rachel, Charlie, Ryan y yo) acabamos en un vuelo a México.

Curiosamente, quizás era Charlie el que más entusiasmado estaba con aquel viaje. Cuando nos sentamos en el avión —mamá, Ryan y yo en un lado del pasillo, y Rachel, Charlie y un calvo muy raro en el otro—, Charlie no dejaba de recordarle a mi madre que en México la edad mínima para beber alcohol era de dieciocho años.

—De acuerdo, cielo. Pero la cuestión es que tú solo tienes dieciséis.

—Pero sería menos ilegal —dijo mi hermano mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y las azafatas pasaban arriba y abajo por los pasillos comprobándolo todo—. En México será menos ilegal que me emborrache que aquí.

—No estoy tan segura de que haya esos grados de ilegalidad —terció Rachel, encogiéndose en el asiento de en medio para no tocar al hombre calvo. Ya se había quedado dormido.

—Ahora que lo pienso, creo que la prostitución es legal en México —dije yo—. Lo es, ¿verdad?

—Bueno, no para los menores —explicó Ryan—. Lo siento, Charlie.

Charlie se encogió de hombros.

—No aparento dieciséis.

—¿Es legal fumar hierba en México? —preguntó Rachel.

—¡Perdonad! —interrumpió mi madre exasperada—. Esto son unas vacaciones *familiares*. No os llevo a todos a México para que os coloquéis y paguéis unas putas.

Y, evidentemente, todos nos echamos a reír, porque solo estábamos bromeando. O al menos eso creo.

—Eres tan crédula, mamá —exclamó Rachel.

—Estábamos bromeando —añadí yo.

—Eso lo dirás por ti —intervino mi hermano—. Yo hablaba en serio. Estoy seguro de que me van a servir alcohol.

Ryan se rió.

Y en ese momento pensé en lo absolutamente diferente que era Charlie de Rachel y de mí. No era solo en cosas superficiales, como pasa entre hermanos y hermanas, o entre hermanos que estudian en el instituto y la universidad. Realmente era muy distinto de nosotras.

Rachel y yo nos llevábamos poco más de un año. Experimentábamos las cosas juntas, las veíamos a través de una óptica parecida. Cuando nuestro padre se fue, yo tenía casi cuatro años y medio, y Rachel acababa de cumplir los tres. Mi madre aún estaba preñada de Charlie. Y aunque Rachel y yo en realidad no nos acordamos de él, al menos le conocimos. Habíamos oído su voz. Cuando Charlie llegó a este mundo, la única persona que había allí para abrazarle era mi madre.

A veces me preguntaba si Rachel y yo estábamos demasiado unidas, si significábamos tanto la una para la otra que sin darnos cuenta no dejábamos entrar a Charlie. Cuando él nació, nosotras ya teníamos nuestro propio lenguaje, nuestro mundo. Pero lo cierto es que Charlie nunca demostró ningún interés por nosotras. De pequeño, iba a su rollo, jugaba a sus propios juegos. No quería hacer las cosas que Rachel y yo hacíamos. No quería hablar de las cosas de las que Rachel y yo hablábamos. Siempre seguía su propio camino y rechazaba cualquier cosa que nosotras propusiéramos.

Y, sin embargo, por más diferentes que fuéramos, el parecido físico entre los tres no dejaba de resultar asombroso. Charlie quizá no se parecía a Rachel o a mí en carácter o personalidad, pero genéticamente no podía negarse que éramos hermanos.

Teníamos los mismos pómulos altos. Los tres teníamos el pelo oscuro y los ojos azules de mamá. Charlie era más alto y larguirucho, Rachel era menuda y bonita, y yo era más corpulenta y con más curvas. Pero éramos de la misma familia, eso estaba muy claro.

El avión despegó y nos pusimos a hablar de otras cosas. Cuando el indicador de abrocharse los cinturones se apagó, mamá se levantó y fue al lavabo. Y entonces vi que Ryan se inclinaba hacia el otro lado del pasillo para susurrarle algo a Charlie. Charlie sonrió y asintió.

—¿Qué le has dicho? —pregunté. Ryan me dedicó una amplia sonrisa y se negó a contestar—. ¿No me lo piensas decir?

—Es algo entre Charlie y yo.

—Sí —terció mi hermano—. Es entre nosotros.

—No puedes comprarle alcohol. ¿Es eso lo que estabais hablando? Porque no puedes.

Dios, sonaba como una mojjigata.

—¿Y quién ha dicho nada de comprar alcohol? —preguntó Ryan quizás un poco demasiado inocentemente.

—Bueno, pues entonces, ¿por qué no me decís de qué estabais hablando?

—No todo gira alrededor de ti, Lauren —comentó Charlie con tono burlón.

Aquella respuesta me dejó boquiabierta. Mamá ya volvía hacia el asiento, acababa de salir del lavabo.

—¡Serás capaz! —dije, medio gritando, medio susurrando—. ¡Vas a emborrachar a mi hermano de dieciséis años!

Rachel ya estaba empezando a cansarse de aquello e intervino.

—Oh, Lauren, vale ya. Ryan se ha inclinado y le ha dicho: «A ver si consigo que tu hermana se ponga histérica por nada».

Yo le miré esperando que me dijera si aquello era verdad y él se echó a reír. Y Charlie también.

—De verdad —dijo Rachel—. Eres tan crédula como mamá.